

nalidades y sacrificios a que tuvieron que soportar durante su largo cautiverio, aprende, tú, soldado, a imitarles y a no regatear nunca los sacrificios, son para el bien de la Patria.

Se han presentado muchos casos de sacrificios individuales y colectivos nuestra historia registra muchos, pero sería imposible en este corto espacio relatarlos todos, por eso, voy a determinar tan sólo uno. Hallándose el segundo batallón del Regto. de Guadalajara haciendo la guerra en Italia, envió su jefe al ayudante a pedir instrucciones al General en jefe, quien se las dió en estos términos «Dígale Vd. que las instrucciones que le doy, son las de morir en sus puestos». «Así se hará» — respondió el ayudante —. Y efectivamente, comprendiendo por lo duro y terminante de la orden la importancia del punto que defendía, se sostuvieron en él con tesón los de Guadalajara, mereciendo por ello, una recompensa colectiva.

El ejemplo de nuestros héroes y en la sangre de nuestros mártires fundamos otro motivo de nuestras esperanzas, se dice que los muertos mandan, mandan, cuando bajan a la tumba cargados con el peso del sacrificio que hicieron por la Patria, y cuando precisamente han muerto por no verse obligados a vivir una vida de vilipendio.

Sabes que tienes una Patria: España. No olvidarás nunca que tienes el deber de defenderla, porque es nuestra madre, sacrificando por ella cuanto sea preciso y de este modo nos haremos dignos de aquellos mártires, que lo dieron todo por Dios y por la Patria.

Juan Tortella Rigo

DESDE LA GARITA por IGNOTUS

—¡Eh, abuelo! traiga otro litro
—¡Pero que ya van cinco!
—¡Pero tú crees que con cinco, se puede pasar el rato?

—Ea, por las barbas de un profeta, que de esta manera yo no pienso en la licencia.

—Ja, ja, ja, por mil diablos en un litro, que este me lo bebo solo.

—¡Retruécanol gritó uno, dando un golpe en la mesa que a menazo descoyuntar, ¡que me traigan a mi otro!, ¡Andandol «a beber a beber y a apurar las copas...»

Como esta mesa, se podrían contar hasta diez o doce, que entre blasfemias, votos y majaderías no hacían más que tragar un porrón detrás de otro. Me volví hacia el compañero que asomaba la cabeza conmigo y le pregunté ¿que te parece el cuadro?

—Muy natural, por lo menos se divierten y pasan el rato muy alegres.

—Pues no está mal la alegría; pero maldita la gracia que me hace. ¿Tu crees que pueden salir bien parados de estas juergas y que a esos becerros se les puede llamar jóvenes hombres?

Pierden el dominio de sus facultades, se contorsionan como culebras, tienen sus ojos hinchados y apagados, las gracias en la cara; repugna ponerse a su lado porque apestan y a la hora de pasar lista, si es que pueden, dan un espectáculo denigrante cuando se ve que todos los demás compañeros, que también se han expansionado forman serenos, y él que también tiene veintidos años, parece un viejo enfermo, que solo espera emprender el viaje a la eternidad.

Es repulsivo el joven que se embriaga; es un pingajo de la sociedad; destroza su juventud y su alegría; pierde su voluntad y sus fuerzas, sube enfermizo y pesimista; si se casa, desola el hogar, sus progenitos pagan los excesos con la locura, la idiotez o parálisis, la mujer es una víctima y él solo se hace acreedor del infame título de criminal, pues es reo de cuanto queda dicho.

Y el principio es éste; aquí está en las tabernas en esos gritos, jaleos y golpes; en esta edad temprana que bien se debiera aprovechar, para forjarse una voluntad ferrea, adquirir una cultura media y luchar contra esos focos de vicio donde se degrada la moral y suben enclenques los batallones que deben levantar a la Patria.